LOS FIELES DIFUNTOS



EN EL MONTE ALTO DE LA ORACIÓN

Para reflexionar en el silencio interior

P. Gustavo Eugenio Elizondo Alanís



«La muerte es el paso a la plenitud de la vida verdadera, por lo que la Iglesia, invirtiendo la lógica y las expectativas de este mundo, llama **dies natalis** ***al día de la muerte del cristiano, día de su nacimiento para el cielo, donde "no habrá más muerte, ni luto, ni llanto, ni preocupaciones, porque las cosas de antes han pasado"*** **(Ap** ***21,4); es la prolongación, en un modo nuevo, del acontecimiento de la vida, porque como dice la Liturgia: "la vida de los que en ti creemos, Señor, no termina, se transforma; y al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo"»*** **(Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia,** ***n. 249).***

Madre nuestra: al final del año litúrgico la Iglesia nos recuerda de diversas maneras, sobre todo con las celebraciones litúrgicas, lo que se conoce como los novísimos, las verdades eternas: aquellas realidades con las que se enfrentan todas las almas al final de esta vida en la tierra: la muerte, el juicio, el infierno, el purgatorio, el cielo.

Todos nos queremos ir al cielo, pero la doctrina de la Iglesia nos enseña que debemos hacer méritos para ganar ese premio eterno al que hemos sido llamados. Debemos llevar puesto el "traje de bodas" para poder entrar al banquete celestial. Es decir, hemos de tener el alma completamente limpia, en estado de gracia, después de haber reparado por todos nuestros pecados, para poder gozar de la visión beatífica, la visión de Dios.

Después de celebrar la Iglesia la solemnidad de Todos los Santos celebra la conmemoración de los fieles difuntos. Es un recuerdo especial, sobre todo, de las benditas ánimas del Purgatorio, invitándonos a ofrecer sufragios para que pronto puedan contar ellas con ese traje de bodas para poder entrar al Cielo. Lo hacemos especialmente participando en la celebración de la Santa Misa, pero también ofreciendo el Santo Rosario y tantas otras oraciones que se han consolidado a lo largo de los años en la piedad cristiana, además de ganar indulgencias para ellos, aprovechando ese tesoro de la misericordia de Dios.

Pero todo esto nos lleva necesariamente a pensar en la muerte. Esa triste realidad por la que todos hemos de pasar, y que el mismo Cristo nuestro Señor quiso asumir para liberarnos de nuestros pecados. Cuesta aceptarla, pero es consecuencia del pecado.

Enséñanos, Madre, a enfrentar con sentido cristiano la realidad de la muerte, para tener paz en nuestro corazón, y para vivir en esta tierra con la esperanza de la resurrección y la vida eterna.

Hijo mío: haces bien en celebrar la fiesta de los fieles difuntos. Es difícil pensar en la muerte, porque es algo natural querer vivir, pensar en un futuro lleno de esperanza; y no en quién y cuándo van a morir, especialmente uno mismo y aquellos a quienes aman.

Pero yo te digo, hijo mío, que es bueno meditar en las verdades eternas.

Ven conmigo. Vamos al monte alto de la oración y yo te ayudaré para que tenga paz tu corazón.

La muerte ya no existe más. Jesucristo la ha destruido en la cruz y le ha dado al mundo su vida de resurrección, para que todo aquel que muera resucite con Él y viva eternamente.

Por tanto, a la muerte no le debes temer. Pero debes prepararte bien para que, cuando llegue tu hora y debas presentarte ante el justo juez, tengas la tranquilidad en tu corazón de que serás puesto a su derecha, porque hiciste el bien. Y yo te digo que en esa hora yo estaré contigo.

Ten esperanza, hijo mío, y alégrate, porque será para ti la entrada triunfal al Paraíso. Esa es la santidad a la que están llamados todos los hijos de Dios. Y si tú te preparas para ese momento, todos los días, dormirás en paz, porque sabrás que nada malo te pasará.

Prepararse quiere decir obedecer en todo a Dios haciendo su voluntad, cumpliendo los mandamientos de su ley, obrando la caridad, haciendo y promoviendo la misericordia en favor de los más necesitados.

El Señor ha venido a mostrarles el camino.

Él es el camino.

El camino es la misericordia, y Él es la misericordia misma.

Todo el bien que hagas al prójimo lo haces a Él, y te recompensará diciéndote: "Ven, bendito de mi Padre, toma posesión del Reino de los Cielos preparado para ti, porque tuve hambre y me diste de comer, porque tuve sed y me diste de beber".

La muerte, para ti, hijo mío, que tienes fe, no debe ser nunca una pérdida, sino una ganancia. Y aquellos familiares y amigos a los que amas, que se han adelantado en el camino, ¡dichosos sean!, porque cuentan contigo, con tu oración, con los sufragios e indulgencias que ofreces por ellos, y que a aquellos que aún están purificando sus almas en el Purgatorio les conceden acortar sus penas y glorificar a Dios como santos en el Cielo. Y te aseguro que esas almas te agradecerán, y sus oraciones por ti fructuosas serán.

Meditar en la muerte debe llevarte a meditar en tu vida, en aquello que necesitas corregir, cambiar o perfeccionar para ser digno de merecer la corona prometida que Dios les da a las almas de los justos para que vivan en paz con Él, sumergidos en las delicias celestiales de la eternidad.

Procura tu propia conversión.

Y reza por los vivos y por los muertos. No olvides que las almas del Purgatorio son esos muertos que necesitan tu oración, y que tienen el poder de conseguir para ti cualquier favor.

Pídeles que te ayuden para que en todo lo que hagas des gloria a Dios.

Honrar a los muertos es una virtud del cristiano. Se les honra con el recuerdo, amándolos, sabiendo que están vivos en Cristo, rezando por ellos –porque el Purgatorio implica sufrimiento–, pero alegrándose por ellos, porque están a un paso de ver a Dios cara a cara.

Los que están en el Purgatorio ya están en el Cielo, se han librado de las penas del infierno, porque fueron misericordiosos con sus hermanos.

Cree en la Comunión de los Santos, y en que, con las santas almas del Purgatorio y las santas almas en el Cielo, glorificas a Dios mientras peregrinas en este mundo con la esperanza de alcanzar el Cielo.

Cree que Jesucristo vendrá, y prepárate para recibirlo, porque nadie sabe ni el día ni la hora, pero Él vendrá con su gloria y a todas las naciones congregará, y a cada uno lo justo le dará.

Este consejo te doy para que ese día no te tome desprevenido: prepárate cada día como si ese día fueras a presentarte ante el Señor, como si fuera el último día de tu vida, y vívelo con alegría y con esperanza, porque si tú tienes fe y amas a Dios, si vives la misericordia con el prójimo y cumples los mandamientos, si vives las virtudes y acudes a los sacramentos, el encuentro con el Rey de reyes y Señor de señores será para ti el día más feliz de toda tu vida.

Pero ama la vida, hijo mío, de tal manera, que no desees tu muerte ni la muerte de los demás, sino la vida eterna, en la que está toda la felicidad, y que es alcanzable por Cristo, con Él y en Él, porque Él es la Vida, Él es la Verdad, Él es la verdadera felicidad.

Que los santos difuntos oren por ti y te concedan vislumbrar ya, desde este mundo, el Paraíso, cuando se abran tus ojos, y veas en ellos y en aquellos que aún viven en el mundo, a Cristo.

¡Muéstrate Madre, María!

(*En el Monte Alto de la Oración,* n. 231)

OTRAS ORACIONES Y REFLEXIONES

Búscanos en:

Arquidiócesis de Toluca
www.lacompañiademaria.com
lacompaniademaria01@gmail.com

La Compañía de María
Madre de los Sacerdotes